
CAPITULO XXI.

Exclaustracion.

TENEMOS que tratar una materia que de buena gana omitiriamos, si la integridad de la historia no lo exigiera.

La exclaustracion. Hé aquí un hecho triste, lamentable, sombrío.

Es una oscura mancha que ha caído en la historia de México, que debiera por mil razones ser brillante y sin borron alguno.

Preciso es, á nuestro pesar, referir ese hecho y presentarlo, con imparcialidad é inflexibilidad histórica, con todas sus colores.

Presentar los hechos sin las debidas apreciaciones que ellos mismos exigen, es dibujar sin dar el colorido. Si en la historia natural vemos una ave sin mas color que el oscuro de la tinta de estampar, que mas bien es carencia de color,

exclamamos: ¡que no tenga colores! ¿de qué color será esta ave? ¡ella iluminada con sus colores propios nos daria la idea perfecta de su naturaleza! Así precisamente sucede en la narracion simple de los hechos.

Podía decírse nos: basta referir el hecho para conocer su naturaleza.

Esa objecion parece fuerte, pero pierde su fuerza con solo hacer observar que la inteligencia nunca deja de necesitar auxilios. En la narracion de los hechos toca al historiador manifestarlos con todos los colores, aun cuando estos alguna vez no sean necesarios de un modo absoluto. ¿Acaso no se prefiere una historia natural con sus láminas iluminadas; á la que solo las lleva en negro? Aun los animales que son bien conocidos, es bueno que lleven su iluminacion, y esto ilustra el conocimiento que de ellos se tiene, para todos los que estudien tan bella ciencia.

En las divinas Letras, nos refiere el Espíritu Santo muchas historias, y en todas aparecen los hechos con los colores que le son propios.

Segun esto, al referir el hecho que indicamos debemos presentarlo con su deformidad, con sus colores propios y bajo todos los respectos que deba considerarse. En esto no hay parcialidad, personalidades ni espíritu de partido.

Podemos y debemos referir los hechos de nuestra historia; con toda verdad, y además, podemos tambien libremente lamentar lo que tenga de lamentable.

Era el dia 1° de Agosto de 1859

La revolucion estaba en ferviente, habia causado ya horribles males y hecho espantosos estragos.

El decreto de exclaustacion habia sido promulgado, y habia arrancado muchas lágrimas á los verdaderos católicos.

Llegó la vez de que ese decreto descargara su terrible golpe sobre la santa casa de Guadalupe.

La poblacion estaba conmovida.

La comunidad estaba consternada, como la viese en un dia el santo fundador, en un arrobamiento ó éxtasis inefable.

La órden de abandonar el Colegio fué recibida, y el R. P. Guardian tuvo que comunicarla á la comunidad. (1)

(1) "La expulsion se verificó de un modo violento el dia 1° de Agosto de 1859 á consecuencia de un motin popular acaecido la noche precedente, cuyo origen y tendencias se ignoraban. Las diversas vicisitudes por donde tuvo que pasar la comunidad exclaustada, fueron el fin principal de unos apuntes que *hize y ya no tengo*. Por una coincidencia notable hay una semejanza entre la historia de los guadalupanos religiosos expulsos y la de los trapenses del Valle santo, expulsos en Francia en 1793. Y así como esos terminaron su gloriosa carrera con la fundacion de la Trapa de santa Susana, en el pueblo de Maella, en España, Provin-

Entre tanto, el pueblo no pudo contenerse, y estalló un movimiento espantoso. Entonces el Gobierno de Zacatecas mandó una fuerza armada, y el pueblo tuvo que sucumbir y guardar silencio, viendo con terror lo que se hacia *á nombre suyo*. Llegó el momento fatal de que la venerable comunidad abandonara el santo asilo del claustro y saliera al siglo, sin saber á donde dirigirse, temiendo á cada paso nuevos ultrajes.

Muchas lágrimas corrian al ver salir de á uno, de á dos ó tres á los religiosos; los unos llevando alguna cosa que les era indispensable, los otros únicamente su Breviario.

Temblaban de terror como una bandada de palomos que se ve asaltada de una debuitres yalcones voraces.

Pocas horas despues, el santo Colegio no tenia en su seno ni un solo religioso; pero sí en su lugar una turba de hombres desalmados, de los que al-

cia de Aragon; así tambien aquellos dieron la última señal de una existencia vigorosa, fundando el Colegio de la Inmaculada Concepcion, en Cholula, Estado de Puebla, el año de 1861."

"Esa semejanza entre ambas comunidades, supuestas las variaciones indispensables de tiempo y lugar, la notará cualquiera que lea el apéndice á la vida de Rancé, escrita por Chateaubriand."

"Difícil es conservar en la memoria los nombres de los religiosos exclaustados. Su número total fué el de ciento treinta y tres, de los cuales fueron sesenta y cuatro sacerdotes, treinta y tres coristas, quince legos y veintiun donados."

gunos buscaban con ansiedad algo que robarse.

El muy piadoso Sr. Lic. D. Alejandro del Hoyo recogió las llaves, deseando evitar mas profanaciones.

La comunidad de Guadalupe se dispersó y dejó de existir civilmente, en virtud de las nuevas leyes que dictaba la revolucion.

Aquellos hombres de quienes dijo el jefe de la fuerza exclaustradora, que eran virtuosos, sábios y patriotas, fueron arrojados con crueldad inaudita, de su santa casa.

Los civilizadores de Tejas, de Nuevo México, de Tamaulipas, de la Tarahumara y del Nayarit, recibieron por premio desus heróicos, patrióticos y religiosos sacrificios, una repulsa horrible que difirió poco de la prescripcion.

Aquellos varones apostólicos que hacian resonar su voz de paz, de indulgencia y de misericordia, en los templos y en las plazas, desterrando los vicios que cababan los cimientos de la sociedad; ahora son desechados como podian serlo los facinerosos.

¿Con qué se les pagó aquellos sacrificios heróicos con que trasformaban los pueblos de viciosos en buenos?

¡Ya vemos el pago que recibieron!

Un sábio escritor contemporáneo, al contemplar ese hecho, no pudo menos que exclamar:

¡Mundo ingrato, sociedad desnaturalizada, vana sabiduría del orgullo humano! Tus obras son tu mayor vergüenza, tus obras solo bastarian para darte la muerte, puesto que ellas propenden á destruir todo aquello de que te viene la vida. Tus inconsecuencias te privarian para siempre de bienhechores, si para el hombre evangélico no hubiera mas estímulos ni mas recompensas que los intereses viles de la tierra. Si los verdaderos civilizadores del mundo, si los verdaderos beneméritos de la humanidad, no tuviesen que esperar mas retribucion de sus buenas acciones, que la gratitud de una sociedad tan corrompida como ingrata, los aplausos de un pueblo que se deja llevar de todo viento de doctrina; esa sociedad y ese pueblo no deberian tener mas que Nerones y Calígulas, Mahomas y Atilas.

“Pero merced á que hay seres superiores, que con los ojos cerrados alcanzarán á ver lo que hay mas allá del firmamento de las estrellas, hay tambien y habrá siempre héroes celestiales, que pasen sobre la tierra haciendo el bien sin detenerse á mirar siquiera el camino por donde van las virtudes que rebozan en sus corazones. Por eso ha habido y habrá siempre Pablos y Agustinos, Franciscos y Bernardos, Ignacios y Vicentes de Paul. Estos son los hijos de la fé, y ellos no pueden faltar, por que son la *sal de la tierra*;

como los llamó el Salvador. ¡Ay de la sociedad que vomite de su seno esa sal celestial! ¡Ay del pueblo que maldice á los depositarios de la fé sempiterna! ¡Ay del que proscribe los planteles fecundos de las virtudes del Evangelio, que se erian y se fructifican al pié de la cruz, y en medio de las espinas que la circudan.»

Así exclama nuestro ilustrado paisano. Y por cierto que no lo hace sino en fuerza de la verdad; sin espíritu de política y de partidos.

El sábio escritor D. Víctor Balaguer, se propuso escribir imparcialmente, sobre las instituciones monásticas, y dice:

«El autor de estas líneas recurrirá á la historia y apreciará en su peso debido la vida cenobítica que separando al hombre de los intereses y pasiones de la tierra, le obligó á gastar la suma de fuerzas de que podia disponer, en las obras de la inteligencia. Recurrirá á la historia y pensará que hubo un tiempo en que los conventos fueron bibliotecas fortificadas, que nos conservaron los tesoros de la literatura y de la ciencia; tesoros que se hubieran perdido entre la polvareda de los campos de batalla, si allí no hubiese estado el claustro para recogerlos y encerrarlos en su inviolabilidad. Recurrirá á la historia, y encontrará los grandes hechos, los grandes acontecimientos, los tiernos votos que han dado origen

á muchas de esas fábricas religiosas, orgullo de las artes y asombro de los mismos siglos que las vieron brotar. Recurrirá á la filosofía, y apreciará los hombres y las cosas que han figurado en los claustros, hallará la fé en la soledad, la oración en el silencio, la resignación en la penitencia, la grandeza en la humildad, la gloria bajo el sayal, y saludaría con todo el entusiasmo del poeta y del cristiano á todos los dignos anacoretas ó monjes, que orando, ayunando, trabajando y mortificándose, han trepado por esa árida y espinosa cuesta del sacrificio que, toca al reino de la perfección cristiana.»

Y si así se espresa, respecto de las instituciones monásticas, quien se propone hablar de ellas con absoluta imparcialidad, es manifiesto y evidente que esas instituciones son grandes, son benéficas, son sábias y santas; y por consiguiente su pérdida es digna de lamentarse, de llorarse con ardor, por todos aquellos corazones que no se han endurecido con el vicio, y que aman sincera y enérgicamente todo lo bueno, todo lo útil, todo lo digno de aprecio.

El conde de Montalambert, también se propuso escribir sobre los monasterios, con toda imparcialidad, y al verlos caer bajo el rudo golpe de la revolución, exclama:

«En vano pretenderá alterarse el carácter dis-

tintivo de la posición social de los monjes, que es el pasar haciendo el bien; porque humanamente hablando, no han hecho otra cosa; toda esa carrera ha sido protegiendo á los pobres y enriqueciendo á las poblaciones. Si declinaron de su primitiva actividad, no por eso fueron menos caritativos. ¿Cuál es el país ó el hombre á que hayan hecho mal...? ¿En donde están los monumentos de su opresión, ó los recuerdos de su rapacidad? Sigase el filon que en la historia han cavado, y no se encontrará por todo él sino la huella de su beneficencia..... Ese largo tejido de actos de caridad, de valor, de fortaleza, esos esfuerzos magnánimos y perseverantes entre la naturaleza rebelde y la debilidad humana, que forma la historia de todas las órdenes religiosas en sus principios, ¿no deben desarmar para siempre la injusticia y la ingratitude.....? Todos esos trabajos reunidos, todos esos servicios hechos, y todos esos beneficios prodigados á tantas generaciones por los antepasados del mas oscuro monasterio, ¿no debían ser bastantes para asegurar á sus sucesores el derecho comun que todos los hombres tienen al reposo, á la libertad y á la vida?"

«Pero no! ni justicia ni piedad; ni memoria ni reconocimiento, ni respeto hácia el pasado, ni solicitud para el porvenir. Tal ha sido la ley del

progreso moderno cuando ha encontrado en su camino estas antiguas y venerables ruinas. El odio y la concupiscencia no han perdonado á nada.»

«De todas las instituciones humanas que las revoluciones han atropellado ó destruido, ha quedado siempre alguna cosa. La monarquía, aunque apocada y bamboleante, ha demostrado que puede recobrar su ascendiente: la nobleza aunque nulificada y degradada en todas partes, excepto en Inglaterra, subsiste todavía entre nosotros: la riqueza industrial y mercantil jamás ha sido mas poderosa (en Europa.)»

«Solo las órdenes monásticas han sido condenadas á perecer sin remedio. De todas las instituciones del pasado, la única que ha sido completamente despojada y enteramente aniquilada es la mas útil y la mas legítima de todas, la única á que no se puede reprochar un abuso de fuerza, una conquista por medio de violencia y tiranías, valiéndose de la mas cobarde de las agresiones.»

Los torrentes de lava que vomitan el Vesubio y el Etna, se detienen y desvian delante de la morada que los Benedictinos y Camandulences han escogido en los costados de esos cráteres. El volcan moral, cuya corrupción han assolado al mundo cristiano, ha tenido menos discernimiento; pues todo lo ha arrasado. Todo lo ha envuelto en la misma ruina.

La revolucion, al contacto de las grandes destrucciones de la vida moderna, no solo ha invadido por completo las ciudades y los grandes centros de poblacion, sino que á ido á escudriñar los bosques y los desiertos, (esto es hasta los monasterios) para buscar víctimas."

"Ninguna soledad se ha encontrado demasiado profunda, ninguna montaña demasiado ignorada, ningun valle demasiado apartado para ocultarle su pena. No se ha perdonado sexo ni edad. Ha puesto la mano sobre la ancianidad inerme del monje, como sobre la inocente y tierna debilidad de la religiosa; al uno como á la otra, ha arrancado de su celda; los ha expulsado de su domicilio legítimo, los ha despojado de su patrimonio, para arrojarlos como vagamundos y proscriptos, sin asilo y sin recursos en toda la tierra. Discípulos de Jesucristo, imperfectos acaso, pero rehabilitados por una odiosa persecucion, pueden decir como su divino Maestro: las zorras tienen su guarida, y todas las aves del cielo su nido; pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza."

"¡Sed, pues, los mas antiguos y los mas constantes bienhechores de la sociedad cristiana, para ser así puestos fuera de la ley y del comercio de la humanidad. ¿Y por qué medios? Por la miserable omnipotencia de una tropa de sofistas y de ca-

lumniadores, de hombres que en el fondo nada han hecho por la humanidad, que no han traído sino torrentes de orgullo, de envidia y de discordia, que jamás han edificado ni conservado nada, que han empezado por escribir sus doctrinas con el veneno de la mentira, y que han firmado sus consecuencias con sangre por lo cual todas sus teorías han caído al golpe de la hacha."

"Como sino fuera bastante tan grande iniquidad para clamar venganza á Dios, ha sido necesario que el crimen se agravara con los pormenores y circunstancias de su ejecucion. En vano se busca en la historia el recuerdo de una desvastacion mas ciega y brutal"

Así exclama el Conde de Montalambet al ver la destruccion de los monasterios, y ¿quién no le concede razon? ¿quién no llorará la pérdida de esas instituciones ilustradas, civilizadoras y benéficas?

Chateaubriand se extiende mucho elogiando las instituciones monacales y patentizando hasta la evidencia los servicios que han hecho á la Iglesia, al Estado y á la humanidad entera. ¿Quién no llorará la pérdida de tanto bien? ¿con qué cosa podrá reemplazarse?

El mundo ha querido jactarse de instituir sociedades de beneficencia, que él llama filantrópicas; pero para hacerlo se aparta muchas veces de la religion ¿qué bien puede hacer?

La Masonería ha tenido el descaro de llamarse asociación benéfica, filantrópica, y ¿á dónde están sus obras de beneficencia? ¿qué bienes ha hecho á la sociedad? ¿cuándo ha llevado la civilización á las tribus del desierto? Esas sociedades no han hecho, ni hacen, ni harán otra cosa que minar los cimientos de la Iglesia y del Estado. No sabemos como se atrevan á llamarse filantrópicas.

¿Y es posible que se prefieran á las sociedades religiosas, que se llaman monasterios, á donde á vista de todo el mundo, sin misterios y sin ridiculeces, sin interés temporal y sin ambicion de ninguna especie, se practica el bien, se ejerce la caridad y se coopera á la felicidad de la Iglesia y del Estado?

¿Qué tienen las inteligencias del Siglo XIX que prefieren lo ilusorio á la realidad, la hipocrecía á la virtud, el mal al bien y lo que destruye á lo que edifica?

¿Quién podia referir esas aberraciones, esos hechos históricos, á sangre absolutamente fria, sin hacer sobre ellas las debidas observaciones, y sin darles la calificación que merecen?

¿Y quién al narrar la destruccion de los monasterios, ha dejado de lamentar su pérdida, clamando contra la injusticia y pasiones de los hombres?

Balmes, ese filósofo profundo, gloria del presente siglo, demuestra hasta la evidencia la utilidad de las instituciones monásticas, remontándose hasta el origen de ellas, y á todos los siglos de su existencia, demostrando sus obras de civilización y de beneficios, de ilustracion y de moralidad, de bienestar, de progreso y de felicidad verdadera.

El testimonio de Balmes, de Chateaubriand, del conde de Montalambert, del Conde de Herion y de otros innumerables sabios; el testimonio de la historia, de la tradicion y de los monumentos, y la experiencia de nosotros mismos, prueban irrefragablemente que las instituciones monásticas han sido siempre útiles y en gran manera benéficas bajo todos respectos. ¿Cómo no lamentar su pérdida?

Pero si el mundo todo es deudor á los monjes, de muchos y grandes bienes, la América especialmente les debe quizá mas que ninguna otra parte del mundo. Y entre los países de América, quizá México es el mayor deudor á esos hombres benéficos.

Doce religiosos vinieron con los conquistadores, y esos doce apóstoles bastaron para hacer brillar en nuestro suelo la luz del Evangelio, que hizo instantaneamente huir á la idolatría.